

Álvaro Pacheco Seré fue también socio activo del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay, por lo que estaba familiarizado con esta actividad, lo que aplicó a su propio abolengo. Durante años fue reuniendo minuciosamente información de sus antepasados, especialmente durante sus viajes a España, revisando escrupulosamente partidas de bautismo, de matrimonio y de defunción, amén de toda documentación histórica. Unos meses antes de su muerte —escribe el Presidente Bordaberry— dio a la imprenta un importante trabajo titulado *Los Pacheco*, pero sólo para difusión familiar. Arranca desde el Marqués de Villena hasta la emigración a Uruguay de la rama de la que descendía y la destacada actividad que tuvieron en Uruguay. Los Pacheco de los que descendía se habían afincado en Rota, lugar que amaba y desde el cual, por su extrema ubicación suroccidental, «España mira por sobre las verdes aguas del Atlántico sur la impronta que su Fe, su valor y su cultura dejaron en estas regiones».

CARLOS ETAYO ELIZONDO

El 26 de mayo de 2006, en San Adrián, Navarra, moría el capitán Carlos Etayo, arqueólogo naval, marino en la estela de los viajes colombinos, progan-dista generoso y esforzado de la tradición católica española que el carlismo custodia. La noticia me llegó inmediatamente, transmitida por ese bravo canónigo —para mí lo sigue siendo— navarro que es don José Ignacio Dallo, benemérito director del quincenal *Siempre p' adelante*, mediante una llamada a mi teléfono móvil, cuando me encontraba en el castillo de Lignières despachando con S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón, en compañía del sacerdote carlista y capellán regio don José Ramón García Llorente. Inmediatamente, el Señor, profundamente conmovido, dio orden de rezar un responso para encomendar el alma del viejo combatiente. La Providencia no permitió que el Príncipe pudiera saludar una última vez a su leal. Era el día de Santiago de 2005 y un grupo de dirigentes de la Comunión Tradicionalista, con el Abanderado de la Tradición, el jefe de su secretaría política y monseñor Ignacio Barreiro a la cabeza, se disponían a renovar en el Monasterio de Nuestra Señora la Real de la Oliva, en Navarra, el juramento de defensa de la unidad católica de España que los jefes de requetés, en presencia de toda la comunidad, hicieron en 1964, cuando la agenda conciliar dejaba ver la amenaza de la libertad religiosa. La presencia de Manuel de Santa Cruz, promotor de aquel voto, entre los presentes, le daba además un sentido de perseverancia y continuidad. Pero a última hora el abad no consistió en la celebración de la ceremonia, con el pretexto de la misa tridentina que monseñor Barreiro, munido del correspondiente *celebret* se disponía a ofrecer. Desconcierto inicial, indignación y, sin dudar, reacción. José Antonio Ullate nos condujo a la hermosa iglesia de

un convento de clarisas en Olite, donde las monjas recibieron al Príncipe con todas las deferencias. Pero habíamos perdido cerca de dos horas y habíamos de desplazarnos a un acto carlista en Haro, previa la marcha hacia la frontera francesa para despedir al Señor. Así pues, al paso por San Adrián, donde Carlos Etayo, enfermo, vivía en una residencia de ancianos, la proyectada visita hubo de suspenderse. Pese a la insistencia de Don Sixto a mí me cupo tomar la dolorosa decisión de no detenerse y seguir la ruta velozmente. Aún así llegamos tarde a Haro, aunque con el tiempo justo de que presidiera el acto. «No os preocupéis, Señor, volveremos pronto a ver a Carlos», me permití decirle. No hubo, sin embargo ocasión. Con Carlos hablé, sí, después, para explicarle lo ocurrido y más adelante para comunicarle su designación como Comendador de la Orden de la Legitimidad Proscrita. Estaba disminuido pero con la valentía y la decisión de siempre agradeció sinceramente la distinción. En los años anteriores hablamos por teléfono con cierta frecuencia, sea desde San Adrián como desde Sevilla, donde pasaba temporadas en casa de una hermana.

Buceando río arriba en los recuerdos de mi memoria, Carlos Etayo aparece bien pronto. Yo comencé a frecuentar las reuniones de los martes de *Verbo* o las anuales de amigos de la Ciudad Católica a partir de 1977. También las actividades de la Comunión Tradicionalista. Carlos, requeté voluntario con 15 años en la 3ª Brigada de Navarra y consagrada su vida a un apostolado político católico, se dejaba ver con frecuencia en unas y otras. Su primera aparición era efectista: la barba quijotesca, el pelo moderadamente largo, el porte desaliñado, etc., le daban un aire de caballero andante y conspirador. Caballero andante lo era, pero más por las rutas oceánicas que por los senderos polvorientos, aunque con un coche desastrado, siempre lleno de propaganda tradicionalista y católica, también rodaba. Y también conspirador. En aquella época el núcleo activo de la Ciudad Católica se quedaba a dormir en el lugar donde se desarrollaba la reunión, aunque fuera en Madrid, y como Carlos venía de Pamplona, era una ocasión para estar de tertulia largas horas. Allí comenzó a fraguarse la amistad. Bien pronto. Cuando todavía en los setenta hice el camino de Santiago a pie, con unos amigos, al paso por Pamplona fuimos a visitarle a su casa de Carlos III el Noble. Allí le vimos en su ambiente. Nos invitó a comer y seguimos camino. Después, en los primeros ochenta, hicimos imprimir el testamento político del marqués de Valdeiglesias, que contenía un juicio bien cortante sobre el proceso que concluyó en la restauración juancarlista, a partir de la fallida juanista, y que bajo el título «testimonio de una gran traición» distribuimos con ocasión de un juicio militar de campanillas. Un poco después volvimos a coincidir en un intento de agrupar carlistas de distintas divisas, bienintencionado sin duda, aunque en el fondo —eso pienso hoy— desnortado, que sólo podía concluir como concluyó, en el desmedulamiento de lo que quedaba de la Comunión. Carlos Etayo, como Rafael Gamba y un servidor, también —aunque de otro modo— como Manuel de Santa Cruz, nos arrepentimos bien pronto. En las primeras reuniones estalló el

casus belli a propósito de la unidad católica. Andando el tiempo volvimos a encontrarnos en una Comunión dinásticamente afirmada, frente al tronovacantismo, y doctrinalmente segura en los grandes principios, frente a una suerte de democracia cristiana vaticanista y lábil. En todo tiempo Carlos siguió su personal batalla antimasonica, a veces con tintes pintorescos, pero siempre y en todo caso necesaria.

He dejado para el final un capítulo importantísimo de su vida. Con 21 años ingresó en la Armada, pero pocos años después, siendo alférez de navío, descubrió que su vocación marinera quedaba aprisionada por el burocratismo. Así pues, se retiró y comenzó a estudiar las navegaciones antiguas, principalmente las colombinas, con la intención de imitarlas. Ya en 1962 reprodujo el viaje de Colón en una carabela réplica de las del siglo XV. Dibuja los planos para los astilleros Goldaracena en el Puerto de Pasajes de San Juan y con la Niña II, así la bautiza, de 34 toneladas de roble y pino, a vela y remo navega de Huelva a la isla de San Salvador o Guanahaní, para finalizar en Santo Domingo. A causa de una avería en el timón los 33 días de Colón se convierten en los 75 de la travesía de Etayo. En 1965 construye su segunda embarcación, la Oltrane-Sanlúcar, algo mayor y mejorados los fallos de la anterior, que cruza el Atlántico y costea hasta atravesar el Canal de Panamá, llegando en un año a Acapulco. Pero es en 1992, superados los setenta años, cuando en los astilleros Castro, de La Guardia, Pontevedra construye su Niña III, única carabela que se ha hecho a la mar y es capaz de ceñir, contra los vientos alisios, y cruzar el océano a vela, sin radio, ni radar ni sondadores acústicos. La ocasión de la hazaña, la conmemoración del quinto centenario de los viajes del Descubrimiento. Si de los anteriores viajes sólo puedo hablar por la literatura, de la preparación de éste soy testigo. Del entusiasmo de Carlos, de cómo se formó la tripulación, del espíritu de que los animaba, de las dificultades financieras. Ignacio Hernando de Larramendi, otro carlista de raza y también voluntario requeté, le echó una mano, junto con otros amigos, y el milagro fue posible. La nave llegó a puerto, mientras que las reproducciones oficiales no alcanzaban su destino. Justicia hecha a sus puntos de vista, sólidamente profundizados a lo largo de decenios, frente a la ignorancia osada y suficiente de la Armada Española. Mucho podría decirse las discusiones que Carlos sostuvo con orgullosos almirantes que lo despreciaban. Recuerdo el caso de Martínez Hidalgo. Pero Carlos ganó e instituciones como la revista *Marine's Mirror* o la Academia de Marinha portuguesa le reconocían sus razones, rindiéndole emotivo homenaje. Recuerdo el tono y el acento iluminados de su rostro y de su voz, cuando hablaba del tema. El año 1993 hacía con la carabela la travesía de Cádiz a Canarias. Y en 1998, año de la Exposición Universal de Lisboa, con 77 años cumplidos, navegaba de las Canarias a Lisboa, en un viaje durísimo de 20 días, ceñiendo contra los vientos alisios. Una de las cosas que más lamento es, después de haber programado asistir a la llegada de Carlos a Lisboa, y acompañarle luego en su recepción en la

Academia de Marinha, haber tenido que suspender el viaje. Pero es ese gran caballero tradicionalista que es Pepe Armas quien debiera contar todos estos detalles. Mi pluma demasiado teórica no alcanza a expresar los sentimientos como se debiera. A mí me basta evocar al amigo, al marino, al leal, al fiel.

ALBERTO WAGNER DE REYNA

No cabe duda de que el nombre de Alberto Wagner de Reyna venía aureolado en el mundo de la filosofía y la cultura hispanoamericana: discípulo de Heidegger en los años treinta, cultivador de una filosofía firmemente cristiana y hombre de mundo y de cultura mas no por eso menos arraigadamente hispánico. Antes de conocerle en persona le había leído no sé si con provecho pero al menos con devoción. La primera ocasión de encuentro vino facilitada por Gonzalo Fernández de la Mora y recuerdo muy gratamente la conversación madrileña al hilo de la presentación de un libro de un conocido común argentino. Sin embargo, hasta algún tiempo después no llegó la verdadera amistad. Y fue en París, donde don Alberto residía, tras haber desempeñado durante largos años la embajada de Perú ante la UNESCO y haber ocupado puestos relevantes en dicha organización. Fue Bernard Dumont, director de una de las revistas más excelentes del mundo católico, tradicional e incluso tradicionalista al tiempo que problemática respecto de los cambios sufridos por la Iglesia y el mundo en los últimos decenios, quien me condujo hacia el domicilio parisino del embajador, en la coqueta *rue des Marronniers*, en el *seizième*, concretamente en la zona de Passy y no lejos de la casa de Radio-France. Apartamento pequeño y elegante, apto para un matrimonio octogenario pero activo, «con pocos pero doctos libros juntos», don Alberto vivía interesado la actualidad política e intelectual, recibía la prensa peruana y a través del correo electrónico se comunicaba con un no pequeño número de corresponsales esparcidos a lo largo del mundo.

La entrevista parisina fue verdaderamente deliciosa y comenzó hablando de los «amigos» y, especialmente, de Alfredo Sánchez Bella, pues hombre de Cultura Hispánica eran muchas las vivencias que recordar. Pero también hablamos del padre Osvaldo Lira y de Jaime Eyzaguirre, chilenos, o del colombiano Enrique Gómez Hurtado... Definitivamente, a partir de ese momento, la visita a don Alberto se convirtió en obligada durante mis frecuentes viajes parisinos, cuatro o cinco todos los años. Y también, a veces, en Madrid, en casa de su hija Rosa, normalmente por Navidad. Yo le escribía un correo electrónico unos días antes previniéndole de mi llegada y su respuesta, casi inmediata, era siempre idéntica: «Magnífica noticia. Le espero en casa a almorzar o a cenar tal día». Con frecuencia el menú estaba compuesto de ostras y foie,